El tesoro mejor guardado de Tombuctú

Inmaculada García Guadalupe

Abarbanel, Farías o Pinedo,
arrojados de España por impía
persecución, conservan todavía
la llave de una casa de Toledo.

Libres ahora de esperanza y miedo,
miran la llave al declinar el día;
en el bronce hay ayeres, lejanía,
cansado brillo y sufrimiento quedo.

Jorge Luis Borges

La llave legendaria a la que alude Borges como símbolo, llevada por los judíos sefardíes en su destierro de España, podría ser también la de los mudéjares expulsados de Al-Ándalus en el siglo XV, época en la que una España intolerante, envanecida con los triunfos cristianos de la Reconquista, decidió romper, a medida que este proceso avanzaba, con siglos de convivencia, en muchos casos ejemplar y fructífera, entre cristianos, judíos y musulmanes. De esta manera, Sefarad y Al-Ándalus pasaron a convertirse para el imaginario colectivo de generaciones de judíos y musulmanes en un lugar cargado de nostalgia al que siempre anhelaron regresar. Entre los mudéjares forzados al exilio por la persecución de la Inquisición sobresale la historia de Ali Ben Ziyad al-Quti, un musulmán que en 1468 abandonó su Toledo natal con su bien más preciado, su biblioteca, para arribar luego de una sorprendente travesía por las ardientes arenas del Sáhara a la otrora fabulosa ciudad de Tombuctú, donde sus descendientes habrían de batallar a lo largo de seis siglos con los avatares del tiempo para preservar de la corrupción este tesoro de la sabiduría acumulada en los libros que gracias a la tarea y el cuida-

do de Ismael Diadié, el último descendiente de la familia Kati asentado en África, ha vuelto a resurgir de las arenas del desierto como un oro invaluable para dotar de nueva luz a nuestra historia.

La saga de la familia Quti o Kati –adaptación fonética producida cuando se trasladaron a suelo africano– se remonta a la época de los godos, como se aprecia en su apellido que significa "descendiente de los visigodos o godos". Entre los visigodos las leyes de sucesión provocaron no pocos regicidios, asesinatos, guerras y conspiraciones. Los Quti descienden de Witiza, el último rey godo (702-710), a cuya muerte se desató una lucha por la sucesión entre dos bandos: el que apoyaba a Agila –hijo de Witiza– y el que favorecía a Rodrigo, por el que finalmente se decantó la nobleza goda. En medio de este clima de guerra a causa de las luchas intestinas entre las distintas facciones se produjo la invasión musulmana de Tariq en el año 711 y con ella el fin de la monarquía visigoda. La llegada de los musulmanes al poder hizo que los descendientes de Witiza se convirtieran al islam cambiando su apellido por el de Quti, familia a la que pertenece Ali Ben Ziyad al-Quti. El clan familiar pasó entonces de ser mozárabe –cristianos que vivían en una zona dominada por los árabes– a ser musulmán para posteriormente, cuando tuvo lugar la reconquista, convertirse en mudéjares –musulmanes que vivían en suelo cristiano–, avatares que ilustran los cambios que se vivieron en el territorio peninsular durante estos siglos tempestuosos en los que, sin lugar a dudas, muchas familias debieron vivir una transformación similar a la de los Quti.

La progenie de Witiza, asentada en Toledo, Córdoba y Sevilla, aportó desde su incorporación a la cultura árabe figuras relevantes como Muhammad Ibn al-Qutiya –gran historiador, poeta y filólogo que vivió en la Córdoba del siglo X, autor del *Libro de la conquista de Al-Ándalus*–, Hafs b. Albar al-Quti –traductor de los Salmos de David– y Suleymán b. Harit al-Quti –médico toledano que escribió un tratado de oftalmología en 1160 bajo el título *Libro de la figura del ojo*–. Actualmente sabemos que todos los Banu al-Quti y Banu al-Qutiya que figuran en la dilatada historia de Al-Ándalus son descendientes de Witiza. El clan de los Quti, ya convertido al islam, era una poderosa familia nobiliaria de Toledo cuyos miembros ocuparon importantes cargos, como legisladores, abogados y jueces o cadíes. La reconquista de Toledo por Alfonso VI en el año

1085 no afectó en un principio la posición de la familia Quti, que siguió desempeñando los oficios que tradicionalmente había llevado a cabo.

Pero la tolerancia que los cristianos mostraron hacia los conversos y los que practicaban otras religiones fue desapareciendo a tenor de las circunstancias políticas que tuvieron lugar en esos momentos. Todo comenzó con el enfrentamiento entre Enrique IV y un grupo de nobles sublevados que pretendía que el rey reconociera como heredero a su hermano, el príncipe Alfonso. El rey de Castilla se negó a hacerlo, por lo que la nobleza propagó el rumor de que el rey era impotente y su hija Juana ilegítima, de ahí el apodo de "La Beltraneja", una alusión directa a que su verdadero padre era Beltrán de la Cueva. La pugna entre el monarca y la nobleza concluyó en 1465 con lo que se conoce como la "Farsa de Ávila", ceremonia en la que Enrique IV fue simbólicamente destronado y Alfonso proclamado rey. La lucha entre los hermanos continuó hasta 1468, fecha en la que murió Alfonso. A partir de ese momento Enrique reconoció como heredera a su hermana Isabel, lo que condujo a una guerra civil entre los partidarios de Juana "La Beltraneja" y los de Isabel de Castilla, que culminaría con el triunfo de esta última.

En medio de estos sucesos los cristianos viejos empezaron a perseguir a los conversos y a los que no practicaban su fe, lo que desembocó en un enfrentamiento inevitable que estalló el 22 de julio de 1467, conocido como el "incendio de la Magdalena". El incidente comenzó en la catedral toledana; los conversos, cansados de la persecución que sufrían, cercaron el templo en el que había numerosos cristianos y en el transcurso de los hechos mataron a dos canónigos y a algunas de las personas que estaban en el recinto. Numerosos cristianos acudieron a socorrer a los sitiados y consiguieron levantar el cerco. La reacción de los conversos no se hizo esperar y como represalia provocaron un pavoroso incendio en el barrio de la Magdalena en el que quedaron reducidas a cenizas mil seiscientas casas. Los cristianos viejos lograron controlar el incendio y reducir a los conversos tras varios días de lucha. El cabecilla de la revuelta y muchos de los implicados fueron ajusticiados. A partir de este momento ya no hubo sosiego para los que no podían acreditar la llamada "limpieza de sangre", como tampoco para los judíos y musulmanes que subrepticiamente seguían practicando su religión.

Ali Ben Ziyad, temeroso por el cariz que tomaban los acontecimientos, decidió abandonar Toledo en 1468 y buscar un nuevo lugar donde establecerse, iniciando de esta manera un exilio que creía temporal con algunos puñados de oro y con su tesoro más preciado, su biblioteca, que en ese momento comprendía 400 manuscritos en árabe, castellano, aljamiado y hebreo, muchos de los cuales han pervivido insólitamente durante estos seis siglos de destierro en Tombuctú. El valor de esta biblioteca resulta invaluable para nuestra historia si pensamos que fueron pocos los manuscritos andalusíes que escaparon a las piras inquisitoriales y en que los volúmenes que llevó consigo –que se encuentran firmados por su propietario como Ali Ben Ziyad al-quti al-andalusí, es decir, el godo, el andalusí- aparecen colmados de notas marginales en las que figuran el precio, la fecha y el lugar de compra de los distintos ejemplares, así como información valiosísima que permite reconstruir la crónica de su familia, de su exilio y de su biblioteca. En realidad, como señalan Diadié y Pimentel, el fondo Kati integra dos bibliotecas: la que fue escrita por los distintos autores y la que comprende las múltiples marginalia realizadas por las sucesivas generaciones de los Kati. Por si fuera poco cada volumen era escrupulosamente registrado, tal como se hace en las bibliotecas modernas, y se tomaba nota de cada autorización que se concedía para ser estudiado o traducido, así como de cada préstamo realizado, lo que ha permitido reunificar la biblioteca en nuestros días.

El periplo que condujo de Toledo a la legendaria ciudad de Tombuctú a Ali Ben Ziyad se prolongó algo más de dos años, tiempo en el que recorrió parte de la península ibérica, casi todo el Magreb, peregrinó a La Meca y atravesó el Tanezruf para llegar a Walata, la antigua Biru. Durante su viaje fue adquiriendo numerosos manuscritos, como por ejemplo una biografía del Profeta del islam, obra de Cadi Iyad al-andalusí de Ceuta, titulada *Kitab as-Shifa,* en la que anotó que la había comprado por 225 gramos de oro en el Bilad as-Sudan (el País de los Negros) el 22 de julio de 1468 y dejó constancia de que había partido de Toledo con una biblioteca de 400 volúmenes. Al llegar a esta región se encontró con otros andalusíes que ya vivían allí y que como él se habían visto forzados a emigrar a causa de la persecución desatada en la península, éxodo que se vería incrementado a raíz de la caída del reino nazarí de Granada en 1492. Entre los

andalusíes y moriscos que abandonaron el territorio peninsular hemos de mencionar al arquitecto Es Saheli –al que aún hoy en día se conoce como "El granadino"– y al poeta Fazzazi al-Quturbi (Córdoba 1229-Marrakech 1290), mote que traduce "El cordobés". Es Saheli construyó en el año 1325 la mezquita de Yinguereber y con ello dio origen a lo que se conoce como arquitectura sudanesa de la curva del río Níger, de gran influencia en toda la arquitectura sahariana y subsahariana, estilo que se caracteriza por ser simple en sus materiales y en su diseño, y a la vez por poseer un marcado carácter espiritual. El poeta Al-Fazzazi, un gran desconocido en España, es autor de *El libro de las virtudes*, poemario que aún hoy en día sigue recitándose con profunda emoción en la ceremonia religiosa que se celebra el día de la conmemoración de Mahoma, no sólo en Tombuctú sino en todas las ciudades sahelianas del Níger.

En 1471 Ali Ben Ziyad al-Quti se estableció en la ciudad de Gumbu –conocida posteriormente con el resonante nombre de Tombuctú–, lugar cargado de leyenda desde los tiempos de Heródoto, quien refiere que todo lo que compraban sus habitantes era pagado con montañas de oro y cuya sola mención hizo evocar durante siglos la imagen de un reino de Jauja en el que el oro parecía brotar como una fuente inagotable de las mismas arenas del desierto. En esa ciudad caravanera, situada en la curva del Níger, que se hizo famosa por servir de convergencia al tráfico mercantil transahariano y ser punto de enlace entre el África negra y el Mediterráneo, este musulmán venido de Toledo se dedicó al comercio y a seguir enriqueciendo su biblioteca con la compra de volúmenes singulares hasta que contrajo matrimonio con la princesa Kadiya bint Abubakar Sylla, sobrina del rey suní Alí "El Grande" y hermana del futuro emperador Askia del Songhay, Muhammad bint Abubakar Sylla. A partir de este enlace el fondo Kati se enriqueció notablemente, pues la historia de la biblioteca y la de la familia se encuentran íntimamente ligadas a los avatares del tiempo y de la historia que tendrían lugar en el África subsahariana. Los manuscritos del cuñado de Ali Ben Ziyad al-Quti, el emperador Askia Muhammad, pasaron a formar parte del corpus inicial y se creó así la primera biblioteca del África negra, que recibió el nombre de Hazanat de los Banu l-Quti. La ciudad de Gumbu era muy importante en esta época no sólo por ser un centro comercial de oro, sal y esclavos en el África occidental, sino también por su gran actividad y desarrollo

cultural, que le valió el remoquete de "Ciudad de los Sabios", pues sus habitantes principales gustaban de la lectura y competían entre sí por poseer la biblioteca más nutrida.

Las caravanas que viajaban a Tombuctú pronto vieron lo provechoso que resultaba el comercio de libros y no tardaron en incluir esta preciada mercancía entre sus productos. En ciudades caravaneras como Chinguetti, Walata o Tombuctú era numeroso el gremio de copistas, cuya función consistía en copiar todos los libros que arribaban a estas tierras a lomo de camello. León el Africano, que visitó Tombuctú en su periplo africano cuando vivía en ella Mahmud Kati, el hijo de Ali Ben Ziyad, da cuenta de esta importante actividad en su obra *Historia y descripción de África* (1506). Llegó a ser tan importante este comercio que muchos mercaderes empleaban libros como moneda de cambio. Un libro adquirido en Europa aumentaba su valor a medida que se adentraba en territorio africano, hasta alcanzar su precio más elevado en Tombuctú. Los copistas elaboraban numerosas copias de los textos que arribaban a la ciudad y que procedían de Al-Ándalus, Arabia, Fez o El Cairo para poder satisfacer las solicitudes de los sabios y familias adineradas que rivalizaban entre sí por tener la mejor biblioteca. La profesión de copista estaba bien remunerada en Tombuctú y gozaba de reconocimiento social. La gran demanda de ejemplares permitió que se crearan numerosos talleres que se dedicaban a copiar libros y manuscritos. El último de ellos cerró en el siglo XX, cuando la llegada de las fotocopiadoras provocó que el negocio dejara de ser rentable.

El primer Quti nacido en suelo africano, fruto del matrimonio de Ali Ben Ziyad con la princesa Kadiya, fue Mahmud Kati, importante intelectual que enriqueció considerablemente la biblioteca heredada de su padre y que desempeñó puestos de importancia en la corte de los Askia, como el de ministro de finanzas y gobernador. Autor de numerosos opúsculos sobre derecho, medicina y astronomía es conocido sobre todo por su aporte a la historiografía, disciplina en la que sobresale su obra al-Ihwan, que narra la historia del reino visigodo desde sus remotos orígenes hasta la invasión árabe en el año 711, el asentamiento de éstos y la lucha sostenida con los cristianos hasta el momento del exilio familiar. A comienzos del siglo XVI empezó a escribir Tarikh al-Fettash, una obra fundamental en la historiografía africana que narra la historia del valle

del Níger desde Sunni Alí el Grande hasta la llegada de Sheku Amadu, pero no pudo concluirla y fue terminada por sus descendientes en el siglo XVIII. La importancia de esta obra es tal que ha sido incluida por la UNESCO en su colección de publicaciones relevantes para el patrimonio y la memoria de la humanidad.

La labor intelectual que llevó a cabo Mahmud Kati tuvo numerosas facetas, una de las cuales consistió en introducir en el África subsahariana la literatura médica por medio de su tratado sobre enfermedades y operaciones oculares. La biblioteca que su padre había traído desde la lejana Toledo le permitió estudiar filología de la mano de Ibn Malik de Jaén, derecho con los libros de Ibn Asim al-Gharnati ("El granadino"), astronomía con las obras de Muhammad Tunka, religión, política, matemáticas, historia, medicina y ciencias naturales con manuscritos redactados por los sabios de Al-Ándalus.

Mahmud Kati trasladó la biblioteca familiar de Tombuctú a Tindirma –segunda ciudad en importancia de la región a la que viajó cuando fue nombrado juez supremo– y la enriqueció notablemente a lo largo de su vida, no sólo con la adquisición de nuevos volúmenes sino también con sus observaciones personales, ya que en los márgenes de los manuscritos iba anotando los acontecimientos históricos más relevantes del momento, información que luego sería recogida por sus descendientes en el Tarikh al-Fettash. "El sabio Kati", como fue conocido por su gran erudición, murió el 27 de septiembre de 1593. En su testamento, documento que se conserva en la biblioteca familiar, pidió a sus descendientes que velaran por mantener unidas la biblioteca y la familia, entrelazando así el destino de su estirpe y de sus libros en una alianza incuestionable que las generaciones posteriores se han encargado de cumplir a pesar de las numerosas dificultades encontradas en el transcurso de los años.

Dos años antes de fallecer, en 1591, el sabio Kati vio cómo el Imperio Songhay –que se extendía desde el sur del Sáhara hasta la región Mossi– sucumbía bajo las armas de un ejército compuesto por moriscos, marroquíes y renegados cristianos que se encontraba comandado por Yuder Pachá y que actuaba en nombre del rey Almanzor de Marruecos. Este acontecimiento habría de apartar a su familia del poder y la llevaría a emprender un nuevo exilio a una aldea remota, llamada Kirshamba, en la desembocadura del río Níger, donde las circunstancias políticas les obligaron a cambiar sus oficios tradicio-

nales de juristas, abogados y gobernantes por el de agricultores. La biblioteca también viajó con ellos, tal como era el deseo de "El sabio Kati", y para preservarla de la intolerancia que nuevamente se había enseñoreado del país decidieron repartirla entre las distintas ramas familiares que vivían dispersas a lo largo de la curva que describe el río Níger antes de descender hacia el golfo de Guinea y morir desmembrado en los diversos brazos del delta nigeriano. Algunos documentos se perdieron, pero con esta decisión lograron que la gran mayoría sobreviviera hasta nuestros días.

La biblioteca prosiguió su accidentado periplo y de la mano de Mahmud Kati II –quien contrajo matrimonio con Miriam Es-Saheli al-Gharnati, una descendiente del arquitecto granadino– viajó hasta la ciudad maliense de Yenné donde murió el patriarca en 1648, no sin antes transmitir el legado familiar a su descendencia. Ibrahim, uno de los hijos de Mahmud Kati II y de Miriam "La granadina", compró a sus hermanos los ejemplares heredados y dedicó su vida y su fortuna a adquirir nuevos manuscritos para enriquecer la biblioteca. El fondo fue trasladado íntegramente a Thié, un pueblo cercano a Yennée, en el que permaneció hasta que falleció Ibrahim, momento en el que fue dividida nuevamente entre sus herederos.

El fondo Kati continuó estando disperso hasta que un nieto de Ibrahim, Muhammad Abana, dedicó parte de su vida –el último tercio del siglo XVIII y principios del siglo XIX– a viajar por Gumbu, Kirshamba y muchos pueblos desparramados por las orillas del Níger con el fin de visitar a sus familiares y comprarles los libros que tenían en su poder. En las anotaciones de los ejemplares dejó constancia de lo que le habían costado; en algunos casos los cambió por vacas o por camellos, en otros los compró con monedas o con cauris –unas conchas marinas usadas en Tombuctú como moneda de cambio, tres mil de ellas equivalían a cinco gramos de oro–. A medida que iba recuperando los libros los enviaba a Gundam, una aldea cercana a Tombuctú, donde vivían su mujer y sus hijos. Muhammad Abana fue historiador, médico y jurista y escribió varios tratados sobre Al-Andalus así como la *Rihla* –primera traducción y publicación de una obra del fondo, editada por Almuzara y la Fundación Mahmud Kati en el año 2006–, un diario que escribió durante su viaje en el que cuenta importantes detalles del exilio de Ali Ben Ziyad, de la biblioteca y del proceso

de reunificación de los manuscritos y legajos dispersos desde hacía siglos que llevó a cabo durante su vida.

A principios del siglo XIX, luego de ingentes esfuerzos, había logrado reunificar la biblioteca, pero la sombra de la intolerancia y del racismo volvía a cernirse sobre la región y la familia se vio forzada nuevamente a tomar una decisión difícil. En efecto, en los primeros años del siglo XIX surgió en el norte del Níger la dictadura de Sheik Amadou, quien instauró un régimen teocrático y represivo que se fue extendiendo progresivamente por el territorio de Mali. Los hombres de Amadou perseguían a los que no podían acreditar la limpieza de sangre y decomisaban los libros que encontraban a su paso para quemarlos y borrar la memoria de los pueblos del Níger, eliminando de ella cualquier rastro de los infieles. En 1810 se encontraban a las puertas de Gundam, ciudad donde a la sazón vivían los Kati, por lo que el tío de Muhammad Abana, Alí Gao, y su mujer, la culta Arkiya, viendo que sus preciados libros se encontraban en peligro decidieron reunir al clan familiar y dispersar nuevamente la biblioteca que acababan de reunir entre los distintos miembros de su casa. No obstante, los integristas lograron apoderarse de algunos ejemplares de Tarikh al-Fettash y de otros títulos que no habían alcanzado a ser escondidos. Desde este momento los miembros de la familia Kati tomaron la decisión de adoptar el apellido materno con el fin de camuflarse y pasar desapercibidos, lo que explica que los descendientes tengan distintos apellidos, como es el caso de Ismael Diadié Haidara, el último de los Kati, que ha hecho posible rescatar la biblioteca de las arenas del desierto para que pueda llegar hasta nosotros con toda su carga de leyenda y sabiduría.

A pesar de hallarse desaparecida desde 1810 la fama de la biblioteca Kati no se esfumó y fueron muchos los que anhelaron poseer sus libros. Los franceses, que conquistaron la curva del Níger a finales del siglo XIX, se dieron a la búsqueda del fondo desde el primer momento y sobre todo del manuscrito de Tarikh al-Fettash. Nunca pudieron encontrarlos, ya que jamás imaginaron que estaban ocultos en los desvanes de unas humildes casas de barro en los humildes poblados del delta del Níger, donde los descendientes de Ali Ben Ziyad vivían como modestos agricultores y ganaderos. La familia se mantuvo oculta bajo los apellidos maternos cerca de doscientos años y la existencia de la bi-

blioteca se fue perdiendo en las brumas de la leyenda, de la que sólo podría ser rescatada, como señala Luis Temboury, por alguien que tuviera la formación requerida.

El momento llegó por fin en el siglo XX, de la mano de un bisnieto de Muhammad Abana, Diadié Haidara, quien decidió llevar a cabo la reunificación del corpus, tarea a la que dedicó parte de su vida y que dejó inconclusa cuando la muerte le sorprendió el 18 de diciembre del año 1995. Diadié Haidara, jefe de los carteros de Tombuctú durante el régimen de Modibo Keita, fue un lector insaciable que dedicó su vida al estudio y que siempre fue consciente del importantísimo legado que constituía la biblioteca familiar. El encargado de dar forma al sueño de los Kati sería Ismael Diadié, su hijo y sucesor, nacido en Tombuctú en 1957 y licenciado en Arte Dramático y en Filosofía por la universidad de Bamako. Su labor intelectual no se limita únicamente a su papel como reunificador de la biblioteca familiar, también es un prestigioso intelectual en su país. Entre sus obras destacan los poemarios *Territoire de la douleur*, *Le Chant Equinoxial;* los ensayos históricos *Yawdar Pasha y la conquista Saadi del Songhay*, *L´Espagne musulmane et l´Afrique Subsaharienne*; y los ensayos filosóficos *Le statut du monde* y *Nécessité.*

Luego de una perseverante tarea de búsqueda y recopilación, Ismael Diadié sorprendió a los bibliófilos del mundo entero con la revelación del tesoro mejor guardado de Tombuctú, el fondo Kati, que se creía perdido para siempre desde la desaparición de Muhammad Abana en el año 1810. Diadié solicitaba la ayuda de las autoridades españolas para restaurar los manuscritos que se encontraban en mal estado, catalogar y preservar por medio de la construcción de un edificio adecuado el valioso legado que gracias a los desvelos de su familia había llegado hasta nuestros días, pues los distintos volúmenes se encontraban en su casa, amontonados y guardados en arcones y sacos de cuero en condiciones poco apropiadas para su conservación. La noticia resultaba increíble, por lo que se decidió recurrir a la opinión de los expertos para avalar la autenticidad del corpus. John Hunwick, profesor de Historia de las Religiones en la Northwestern University of Evanston en Illinois, se desplazó entonces a Tombuctú y atestiguó en un artículo, publicado en enero del año 2000 en la revista *News and Events,* la veracidad del fondo. El descubrimiento llevó a algunas instituciones

internacionales como la Northwestern University of Evanston en Illinois, la Universidad de Oslo, la Fundación Al-Furqan de Arabia Saudí o la Ford Foundation a proponer ofertas de compra a Diadié que nunca se aceptaron por dos motivos principalmente; el primero porque la familia no quería desprenderse de la biblioteca y algunas ofertas requerían que el fondo abandonara Tombuctú, el segundo porque los descendientes de Ali Ben Ziyad siempre quisieron llegar a un acuerdo con una institución de España, el país de origen de sus antepasados. Resulta conmovedora esta lealtad de Diadié y su familia a un país que proscribió a sus ancestros y que se mostró reticente y suspicaz ante la noticia de la existencia de la biblioteca.

Ante la indecisión de las autoridades españolas, que no se resolvían a prestar ayuda a Ismael Diadié para rescatar la biblioteca de su silencio de siglos, el poeta José Ángel Valente, fallecido recientemente, y un grupo de intelectuales, entre los que se encontraban Juan Goytisolo, José Saramago, Fernando Sánchez Dragó y Antonio Muñoz Molina, publicaron un manifiesto el 25 de febrero de 2000 en el que solicitaron la intervención inmediata del gobierno español para salvar el más importante legado andalusí existente fuera de España. Diadié esperó pacientemente hasta mayo del 2002, fecha en que la Junta de Andalucía le entregó un documento en el que se le informaba de la concesión de una subvención de 120 mil euros para iniciar sus trabajos. La tarea más urgente era construir un edificio que albergara la biblioteca y que contase con oficinas, sala de lectura y caja fuerte para custodiar los manuscritos más valiosos. La Junta establecía dos condiciones para otorgar la subvención: la nueva biblioteca albergaría la totalidad del fondo Kati y una copia microfilmada sería depositada en la sede de Almería del Centro de Estudios Andaluces. La realización del microfilm con los diferentes volúmenes de la biblioteca requiere la restauración previa de algunos de los ejemplares que han resultado gravemente dañados por la acción de las termitas, de fenómenos naturales como inundaciones y en algunas ocasiones por incendios. En la biblioteca hay algunos ejemplares en vitela, pero la gran mayoría están en papel, lo que ha dificultado su conservación.

A comienzos de octubre de 2002 una delegación andaluza viajó a Tombuctú para colocar la primera piedra del edificio que albergaría la biblioteca. Las obras de construcción de la misma, que llevará el nombre de José Ángel Valente por

decisión de la familia, para honrar su encomiable e importante labor en la salvación del fondo, finalizaron en septiembre de 2003. Pero las sorpresas que ocultaba el Fondo Kati no habían concluido, pues poco antes de terminar la construcción del recinto que daría albergue a este gran legado se publicó en abril de 2003 la noticia del descubrimiento de otros cuatro mil manuscritos que se sumaban al número inicial: Ismael Diadié anunciaba de esta manera que de los tres mil documentos calculados inicialmente se pasaba a la cifra de 7026 manuscritos. Esta recuperación se debe a la incansable labor de Diadié, quien ha continuado reuniendo el legado familiar que se encontraba repartido entre los distintos miembros de clan; para lograrlo ha mostrado a sus parientes el testamento de Mahmud Kati y, en algunos casos, ha pagado algún dinero. Los manuscritos recuperados se encontraban dispersos y ocultos en remotos lugares de Mali, custodiados por descendientes de Ali Ben Ziyad que esperaban el momento oportuno para sacarlos a la luz. En estos cuatro mil manuscritos han sido incluidos, por decisión del consejo de la familia Kati, documentos familiares como títulos de propiedad, actas matrimoniales y de defunción y un gran número de escritos que se refieren a actos jurídicos privados vinculados a la familia. El fondo podría crecer aún más, ya que se cree que hay ejemplares que aún permanecen escondidos.

Del número total de manuscritos 400 son de origen andalusí y en ellos hay obras de autores musulmanes, judíos y cristianos. Las restantes obras son africanas –magrebíes y subsaharianas– y árabes. La datación de los diferentes escritos va del siglo XII al XIX. En cuanto a los idiomas podemos encontrar escritos en distintos dialectos árabes, en hebreo, en turco, en beréber, en castellano, en inglés y en francés que pueden leerse en distintos tipos de escritura, como por ejemplo la cursiva andalusí, la magrebí, la nehsi turca, la suqi sudanesa o la tifinar beréber, todo ello en soportes de vitela y principalmente de papel –árabe e italiano– profusamente iluminados. La temática de los libros es principalmente histórica, religiosa, lingüística, legal y científica, a lo que hay que añadir un importante número de documentos contables, títulos de propiedad y cartas comerciales. La inmensa mayoría de las obras que comprenden el fondo Kati, uno de los legados culturales más importantes de los siglos XV y XVI, están aún sin estudiar y muchas de ellas sin traducir, lo que produce una intensa emo-

ción y una gran curiosidad con sólo pensarlo. A través de este fondo documental se pueden estudiar, según afirma Ismael Diadié, temas tan importantes como la diáspora que vivió el pueblo judío a fines del siglo XV y principios del XVI, la historia de algunos reinos africanos, la toma de la curva del Níger y caída del Imperio Songhay a manos del rey Almanzor de Marruecos, la historia de las ciudades caravaneras del Sáhara y, por supuesto, el éxodo que los musulmanes –entre ellos Ali Ben Ziyad– sufrieron a fines del siglo XV cuando abandonaron la España andalusí.

En cuanto a la procedencia de los manuscritos, una pequeña parte, alrededor de 400, viajó con Ali Ben Ziyad cuando partió desde Toledo hacia su exilio. La mayoría de los que tienen temática religiosa fueron comprados por él a lo largo de los dos años que duró su viaje de peregrinación a La Meca, donde adquirió manuscritos con los que enriquecer su biblioteca. Muchos de los libros religiosos son relatos de la vida del profeta Mahoma, como *Kitab as-Shifa*, y versiones del Corán como por ejemplo el Corán de Ceuta, joya bibliográfica invaluable. El Corán de Ceuta data del año 1198, tiene como soporte la vitela y es uno de los tres Coranes almohades que se conservan en el mundo, los dos restantes se encuentran en Estambul y El Cairo. En su mayor parte la escritura es cúfica almohade, pero contiene también varias páginas en letra cursiva andalusí, lo que lo convierte en uno de los primeros en presentar esta caligrafía. Además, el fondo Kati conserva el Corán turco de Ali Ben Ziyad, llamado así por haber sido escrito por un turco con letra andalusí en el año 1423. Este libro acompañó a Ben Ziyad en su destierro, por lo que encierra ante todo un valor sentimental para la familia Quti; el ejemplar siempre ha estado en manos del patriarca del clan, generación tras generación. En la última página del libro su propietario escribió: "este manuscrito es de Ali Ben Ziyad, el andalusí".

En la ciudad de Tombuctú numerosos manuscritos pasaron a formar parte de la biblioteca, es el caso de los relatos de Ishaq es-Saheli e Ibn Batuta, importantes viajeros musulmanes del siglo XV. El número de obras y la luz que pueden arrojar sencillamente produce vértigo. Algunos títulos son completamente desconocidos para nosotros: *Libro de Hadith* (1419), *Tratado de derecho* de Muhammad b. Ibrahim al-Gharnati (siglo XVI), *El Arrayán* de los secretarios de Ibn al Jatib (siglo XIV), obras de Muhammad Abana –entre las que podemos citar un

repertorio bibliográfico en el que da cuenta de las obras que reunió en su casa de Gundam a fines del siglo XVIII–, la obra poética del arquitecto granadino Es-Saheli y un *Tratado de oftalmología* (1485) que contiene notas escritas por Mahmud Kati en las que reflexiona sobre temas médicos, lleva a cabo un estudio climático que recoge temperaturas y precipitaciones en años sucesivos y elabora un censo que permitirá a los estudiosos fijar la población real del siglo XVI en la curva del Níger. En la actualidad un equipo de traductores trabaja en verter las cerca de seis mil notas marginales que generación tras generación han escrito los Quti, lo que puede arrojar información importantísima sobre la historia de Al-Andalus, el Magreb y la curva del río Níger a lo largo de seis siglos.

Los libros que conforman el fondo Kati permiten estudiar la historia de la España musulmana y de la conquista cristiana no desde el punto de vista de los vencedores, sino desde la óptica de los vencidos, lo que nos permitirá iluminar aspectos de la historia que hasta el momento han permanecido en la sombra. Al-Andalus y su legado cultural, borrados de la historia peninsular, resurgen de esta manera en los manuscritos y los autores musulmanes, judíos y conversos desterrados de Toledo, Málaga, Granada, Sevilla y otras tantas ciudades con los que estudió y se formó Mahmud Kati reclaman ahora su lugar en la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, Jorge Luis, "El otro, el mismo", en *Obras completas*, Barcelona, Emecé, 1999, vol. II.

Camacho Ramírez, Miguel, "Los manuscritos andalusíes de la familia Kati en Tombuctú", *Andalucía en la historia*, en http://www.islamyal-andalus.org/oct04/manuscritos_kati.htm

Casali Guidugli, Mattia, "Fondo Kati", en http://www.monografias.com/trabajos37/fondo-kati/fondo-kati.shtml

Diadié, Ismael y Pimentel, Manuel. *Los otros españoles. Los manuscritos de Tombuctú: andalusíes en el Níger*. Madrid, Ediciones Martínez Roca, 2004

Diadié, Ismael, "Fondo Kati. Aventuras y desventuras de una biblioteca andalusí en Tombuctú", *Andalucía en la historia*, en http://www.islamyal-andalus.org/marzo04/fondo_kati.htm

Enrique, Antonio, “Los libros: la ordalía humana”, en http://www.fundacionmahmudkati.org/archivosadjuntos/Conferencia%20Antonio%20Enrique.doc

Navarro, Manuel “El Fondo Kati: una biblioteca andalusí en Tombuctú”, *El legado andalusí,* en http://www.legadopressroom.com/espanol/publicaciones/articulosrevista/26rep1.htm

Sánchez Jaén, Jesús “El periplo de una biblioteca”, *Viajes y viajeros*, en http://www.viajesyviajeros.com/bib-tombuctu.html

Temboury, Luis, “Fondo Kati. ¿Por qué España?”, en http://www.fundacionmahmudkati.org/archivosadjuntos/Porqu_%20Espa_a.pdf